

## NECROLÓGICA

### ANA MARÍA VICENT ZARAGOZA (1925-2010)

Hace meses tuvo lugar el fallecimiento de nuestra amiga y colega Ana María Vicent Zaragoza tras una enfermedad de cinco años que, si bien la tuvo postrada, no mermó su capacidad intelectual. La mente de Ana Mary siguió lúcida hasta el final, con esa fuerza y energía que mostró durante toda su vida, y es que su nacimiento en Alcoy, ciudad con espíritu industrial y de superación de las limitaciones geográficas impuestas por su ubicación en un lugar escarpado, le imprimió carácter. En sus comienzos fue Becaria en el entonces Instituto de Arte y Arqueología del CSIC, ampliando su formación en Italia, colaboró desde su fundación con el de Prehistoria, con el Museo Arqueológico Nacional y desarrolló asimismo labores docentes en la Universidad. Pero a Ana M<sup>a</sup> Vicent se la vincula siempre con el Museo Arqueológico de Córdoba, fue su obra, su hijo, a él dedicó la mayor parte de su vida, casi 28 años, hasta el momento de su jubilación. Fueron años de trabajo constante, de excavaciones en las que nunca dudó en adelantar su dinero, de salvamento de yacimientos, de propulsión de la arqueología urbana, de ampliación y reestructuración del Museo. Desde mi óptica de estudiosa de los mosaicos romanos, he de poner el énfasis en el hecho de que con anterioridad a su labor como directora del mismo, en el Museo de Córdoba no se exponía ningún mosaico, a pesar de la gran riqueza de hallazgos musivos habidos tanto en la capital de la Bética, como en el *conventus Cordubensis*. Ana Mary llenó las paredes y los suelos de colores, de mitologías, de peces, de *sectilia*, creando una armonía musical, como lo definió el crítico de arte Amós, y demostrando su amor por unos materiales que había descubierto, excavado y salvado, en el convencimiento de que tanto los mosaicos, como las esculturas, eran documentos históricos y no piezas decorativas. Porque si algo la distingue fue su gran sentido del deber, pero sobre todo su determinación, su fuerte carácter —un «volcán en reposo» como también se la ha calificado en un medio de comunicación— que la llevó a enfrentarse a todo lo que se oponía al comportamiento correcto, a la salvaguarda



del patrimonio histórico-artístico —impulsando las Ordenanzas Municipales sobre competencias—, a involucrarse con la sociedad formando a los jóvenes en el conocimiento y el respeto de ese patrimonio y a buscar soluciones, contra viento y marea, a cuestiones tan importantes como la falta de personal de seguridad en el Museo, para lo que no dudó en acudir al Gobernador militar de Córdoba. Pero Ana Mary era al mismo tiempo entrañable, extremadamente cariñosa y afable, que no dudaba en abrir las puertas del Museo a cualquier hora, como muchas veces le he oído recordar al profesor Blázquez, aunque ello le restara tiempo de descanso. Ese espíritu animoso y de superación, de traspasar fronteras, su gran curiosidad científica la llevó a cultivar otras facetas de la arqueología y de la historia —los retratos romanos, las lucernas, los pequeños capiteles visigodos—, a crear la Biblioteca del Museo y a organizar ciclos de conferencias porque consideraba que los Museos eran archivos vivos, así como a impulsar la creación de la especialidad de Historia en la Universidad de Córdo-

ba. Fue una pionera y una mujer vitalista, enérgica, resolutiva, en una época en la que la mujer no tenía la consideración debida, ella consiguió el reconocimiento a su labor convirtiéndose en una institución, Ana Mary era «la señorita arqueológica». Por ello recibió numerosos honores y nombramientos que sería prolijo enumerar. Ana Mary se ha ido con las manos llenas y Alejandro Marcos Pous, a quien debo muchas

de las informaciones vertidas en esta semblanza, hecha desde el cariño y la amistad, puede sentirse satisfecho de haber compartido con su mujer años de trabajo conjunto. Ana Mary descansa ahora en la paz que no tuvo en la tierra porque ella así lo quiso, porque hizo del trabajo su elección de vida.

GUADALUPE LÓPEZ MONTEAGUDO